

EL CONCEPTO DE LA VIDA EN EL FAUSTO DE GOETHE

POR KURT DÖHNER

INTRODUCCION

En toda la interpretación de las dos partes del drama de Fausto ha quedado ya trazado el concepto de la vida que tenía Goethe. Ahora nos queda por resumir los rasgos más importantes de este concepto.

El mismo poeta ha negado varias veces expresamente ser un filósofo sistemático: "En el fondo yo no necesito ninguna filosofía." "El punto de vista del sano intelecto humano era también el mío." ¿Quién, oyendo esto, no recuerda la crítica sarcástica que Mefistófeles profiere sobre la lógica y la metafísica escolares en la famosa escena del estudiante? (Parte I, 78/79.)

"Para ello, caro amigo, os aconsejo ante todo el Collegium ló-gicum. Allí se adiestrará bien vuestro espíritu, aprisionado en borgegués españoles, a fin de que así, más reflexivo, en adelante recorra con paso medurado la vía del pensamiento y no divague tal vez como un fuego fatuo de aquí para allí, a diestra y siniestra. Luego se os enseñará durante muchos días que aquello que antes solíais ejecutar de un solo golpe con toda libertad, como el comer y el beber, es necesario hacerlo en uno, dos, tres tiempos. No hay duda que con la elaboración de las ideas pasa lo mismo que con una obra maestra de tejedor en la cual una simple presión del pie pone en movimiento un millar de hilos, las lanzaderas se disparan hacia aquí y hacia allí, los hilos corren invisibles y un golpe único forma de repente mil trabazones. Viene el filósofo y os demuestra que ello debe ser de este modo; lo primero era así y lo segundo así, luego lo tercero y lo cuarto son así; y si lo primero y lo segundo no existiesen, lo tercero y lo cuarto jamás podrían existir. Los estudiantes de todas partes ponen esto sobre las nubes, mas no han llegado a ser tejedores. El que quiere conocer y describir alguna cosa viviente, procura ante todo sacar de ella el espíritu; entonces tiene en su mano las partes; lo único que falta, ¡ay!, es el lazo espiritual que las une."

Y sigue criticando en la misma escena la metafísica: "En ella, ved de abarcar con espíritu profundo lo que no se adapta al cerebro humano. Para aquello que entra en él o deja de entrar, tenéis a vuestra disposición un nombre rimbombante."

En su reputada obra "Goethe" (Leipzig 1913), G. Simmel compara la filosofía de Goethe a las interjecciones naturales que deja oír el hombre que siente dolor o placer, y la filosofía sistemática la compara a los términos técnicos con los que se describen aquellos afectos. Pues la manera como este pensador ve y concibe la vida, es natural y orgánica como la misma vida. Con razón dice Rodolfo Eucken en su famoso libro "Los grandes pensadores, su teoría de la vida" (Madrid, 1914): "Goethe no da su teoría de la vida lo mismo que su carácter general, como una teoría y prescripción, sino como una confesión personal: no es más que la irradiación de una individualidad altamente propia y sólo es del todo verdadera en relación con ella; por razón de su carácter completamente individual, la teoría y la obra de Goethe no pueden nunca imponerse como un tipo obligatorio."

Goethe no es un filósofo, sino un sabio, Al fin de su rica y larga existencia tiene todo el aspecto de un gran sabio, de uno de los más eruditos y profundos sabios del mundo, lleno de serenidad y clarividencia, en contraste con la pasión y la inquietud de su juventud impetuosa. El Fausto resulta así, no un poema en el cual se desarrollen lógicamente conceptos filosóficos, sino la expresión última de cuanto experimentó y pensó sobre la vida, para formularlo después en lenguaje poético, deslumbrante de imágenes, que a cada instante nos hace recordar las vagas impresiones del sueño. No debe maravillarse de que en tal vida abunden las contradicciones; las hay tan extrañas a veces, que imposibilitan la tarea de ver la unidad de esa existencia. Mas ¿quién no ha tenido contradicciones? Si merecen nuestra disculpa los temperamentos prosaicos y fríos, cómo no había de merecerla el genio más profundo y comprensivo de la vida espiritual de Alemania, cuya existencia es un esfuerzo de perpetua ascensión hacia las mayores alturas. Para ilustrar este punto tomemos en consideración las expresiones de Eckermann en el prólogo de sus conversaciones con Goethe: "el buen sentido del lector ilustrado no se dejará extraviar por afirmaciones sueltas, sino que teniendo a la vista el conjunto, sabrá combinar los diferentes aspectos, para producir un todo unitario".

En una carta que Goethe dirigió a su amigo Jacobi, fechada el 6 de enero de 1813, constan las siguientes palabras: "No puedo contentarme con un solo modo de pensar, pues mi manera de ser tiene varios y distintos lados. Como poeta y artista soy politeísta, pero soy panteísta como investigador de la naturaleza, y soy lo uno

con tanta decisión como lo otro. Pero si necesito un Dios para mi personaje, como hombre moral, también se ha pensado en ello. Pues las cosas celestes y las terrestres son un dominio tan amplio, que únicamente los órganos de todos los seres pueden comprenderlo."

"Era Goethe siempre el mismo y siempre diverso", dice Eckermann, comprendiendo así la riqueza singular del genio que venimos estudiando. En esa expresión está el resumen y la explicación de la existencia extraordinaria de Goethe, pues su vida de 83 años no acusa únicamente la modificación de su personalidad individual, sino también las múltiples modificaciones de su ambiente. El poeta observó siempre una extrema sensibilidad ante las distintas fases y orientaciones de la ruta, lo que dio por resultado que puedan encontrarse en sus obras ideas y momentos, en abierta contradicción entre sí. Cuando se examina el drama de Fausto y se considera el largo lapso de tiempo que necesitó para su total elaboración, se comprende que una obra así no podría ser de homogeneidad rigurosa en la composición, en las ideas y en la técnica. Empero, aunque en ella se encuentran momentos contradictorios, resplandece en su apariencia total con la luz de una unidad superior.

Sabido es que la principal fuente para interpretar la obra y las ideas de Goethe es su autobiografía "Dichtung und Wahrheit", de la cual existe una buena traducción española. (Goethe, "Memorias de mi vida. Poesía y verdad". Madrid, 1922. 3 tomos.) Inversamente por sus obras puede interpretarse su vida ya que—como el mismo Goethe lo expresó—son todas y cada una de ellas fragmentos de una gran confesión. (Poesía y Verdad.—7º libro, tomo II. Pág. 92.)

Entre todas las obras de Goethe prevalece el Fausto como el símbolo universal de su existencia, porque en él trazó un modelo de hombre, a imitación del cual hubiera querido desarrollar y moldear su propio "yo".

Averigüemos, por tanto, qué concepto del mundo y de la vida encarnó la obra, para deducir así, de ese drama, a guisa de una quinta esencia, el concepto goetheano de la vida, sin divagar por escuelas filosóficas, ya que el poeta rehusó ser un filósofo sistemático, y prescindiendo, en cuanto nos sea posible, de remontarnos a las fuentes en que el poeta abrevó su espíritu con el claro fluir de las ideas. Pues es Goethe un ecléctico, y lo es con toda conciencia cuando dice que "nada es más legítimo para cada uno de nosotros que escoger en lo que le rodea, en lo que pasa alrededor suyo, en lo que lee, todo lo que está en armonía con su propia naturaleza, para apropiárselo y asimilarse así todo lo que ya en la teoría, ya en la práctica, puede servir para su progreso y su desarrollo". O en otro lugar,

en Eckermann, al hablar de la originalidad (III, 338): Ni aun el genio más grande iría muy allá si tuviera que sacarlo todo de su propio interior. Pero hay muchas gentes que no comprenden esto, y se pasan la mitad de la vida tanteando en la obscuridad, persiguiendo sus sueños de originalidad." "Este eclecticismo lo practica sin escrúpulo, transportando a su pensamiento todo lo que le place de los diversos sistemas por los que atraviesa su móvil curiosidad." (Edme-M. Caró.)

EL MUNDO COSMICO: DIOS, LA NATURALEZA

El inspirado poeta ha dejado una bellísima composición escrita en 1782, dedicada a "la Naturaleza", en la que revela toda la fecunda inspiración de que estaba dotada su juventud. No se sabe si hay traducción castellana y por esto nos permitimos pergeñarla aquí.

"¡Naturaleza!" Nos encontramos rodeados por ella e imposibilitados de salir de su periferia, así como de acercarnos más a ella.

Sin darnos cuenta en lo más mínimo, se nos coloca en su seno y ella nos lleva en el constante trajín de la vida, proporcionándonos goces y penas innumerables, hasta que somos arrojados de su propio seno.

Sin cesar cambia y renueva sus aspectos; lo que existe nunca fue, lo que existía ya no volverá a ser, todo es nuevo y a la vez siempre queda lo anterior.

Vivimos en ella, siendo ajenos; nos habla a todas horas por medio de sus grandiosas maravillas sin revelarnos sus profundos arcanos; continuamente operamos dentro de su círculo y sin embargo, carecemos de poder sobre ella.

Parece que su vista está fija en cada ser y sin embargo no hace caso de ellos; continuamente está construyendo y destruyendo, siendo sus talleres inaccesibles.

Vive entre sus hijos e ignoramos el sitio fijo donde se halla. Es la Naturaleza la única artista que va de los más simples elementos de la materia a las obras más grandiosas y sorprendentes; sin el menor esfuerzo llega a la perfección más grande y más exacta. Cada una de sus obras tiene sus características singulares; cada uno de sus fenómenos está perfectamente señalado de manera diferente y, sin embargo, el conjunto es homogéneo, presentando un espectáculo maravilloso; ignoramos si se da cuenta de ello y nosotros contemplamos ese divino espectáculo como átomos insignificantes.

Tiene eterna vida, evolución y movimiento continuo sin adelanto alguno; constantemente cambia de aspecto sin tener un solo instante de reposo; su inamovilidad es perenne y seguro su paso; las excepciones, raras, y las leyes, invariables. Piensa y reflexiona acertadamente, pero no como hombre, sino como Naturaleza reina. Tiene reservado para sí un criterio universal que nadie puede descifrar; todos los seres estamos con ella y ella con nosotros, y somos juguetes de sus caprichos y decisiones, alegrándola cuando triunfamos dominando algunos de sus elementos; en multitud de ocasiones somos juguete suyo al pretender descubrir sus arcanos.

Todo lo que nos rodea, desde lo más insignificante hasta lo más grande, es su sola representación estereotipada por todas partes; el que no la ve, el que no la siente, o es loco o ha dejado de existir.

La amamos como madre, y constantemente nuestra vista y nuestros corazones la contemplan extasiados. Es tan hermosa que parece que ella misma se recrea en todas y cada una de sus obras, creando factores y seres nuevos que se deleitan al contemplarla. Le da alegría la ilusión que nos causa; el que la destruye para sí o para los demás es castigado con severidad; quien la sigue confiadamente y la ama, es estrechado en su corazón como un niño; tiene hijos a millares, innumerables; para nadie se muestra corta, pero tiene, indudablemente, sus favoritos para los cuales prodiga sus dones y los protege; de la nada forma a sus hijos, sin darles ningún norte: cada uno toma su camino, quedándose ella sólo con el papel de observadora y no de directora; tiene algunos móviles, pero nunca los emplea, no obstante su eficacia. Continuamente hay un nuevo espectáculo, puesto que también está produciendo nuevos espectadores.

La vida es su descubrimiento más maravilloso, la muerte es una estratagema para tener más vida; envuelve al hombre en un caos y lo estimula para que descubra la luz; lo tiene subyugado a la tierra y lo hace torpe y difícil, alumbrándole al fin su cerebro como recompensa a su labor, y le crea necesidades, porque es amante del movimiento y del trabajo, que da la vida.

Todos los cambios y transformaciones que vemos en ella, como en los crepúsculos, son sorprendentes, obras milagrosas, manantiales bellísimos, que nos originan verdaderos placeres y que la dejan verdaderamente equilibrada. Cada instante es el comienzo de una nueva carrera y cada momento es el término de otra; nos consideramos orgullosos de ser suyos, pues somos parte de su propia esencia. Cada uno de los miembros de este planeta obra por sí, mediante sus leyes matemáticas; miles de ellos se olvidan de ella, están ciegos a sus maravillas; nos demos o no cuenta de ello, sus leyes físicas nos

conducen poco a poco a colaborar con ella, con gusto u obligados por sus mudos, pero benéficos mandatos. Toda nuestra labor se convierte en fecundos beneficios que derrama con profusión bienhechora.

No oímos su voz, porque carece de lenguaje, pues su léxico es gráfico y representativo, pero tan claro y tan expresivo que a veces nos conmueve intensamente; es reina cuyo trono, lo mismo que su corona, es el amor por el cual nos acercamos a ella. Produce abismos enormes entre todos los seres, quedando al mismo tiempo unidos, pues no podemos vivir aislados ni lejos de ella.

Nos brinda en copa de oro amor purísimo, que muchas veces convertimos en amarguras. Es todo, la madre nuestra... Se recompensa y se castiga a sí misma con sus propios elementos, que son formidables. Es enérgica y dulce, amena y horrisona, a la vez que débil y omnipotente; es constantemente un presente, ni conoce ni le importa el pasado ni el futuro, su vida es eterna, eterna...

Me descubro ante ella, la venero, la celebro y la adoro en todas sus sapientísimas obras; su sabiduría es infinita, no tenemos explicación de su existencia. Creemos que su obra es completa, pero no está terminada; su curso es regular y a cada uno se nos presenta en distinta forma. Tiene multitud de nombres, pero ha sido, es y será siempre la misma.

Me ha colocado en un sitio determinado y me guiará hacia mi destino, pues confío en ella; lo falso, lo incierto, lo verdadero, todo lo manifiesta; es la causa de las causas."

* * *

Una de las ideas principales del Prólogo en el Cielo del "Fausto", es el concepto que Goethe se ha formulado del mundo: Dios, antropomorfosoado,¹ nos habla allí del mundo como de "lo evolutivo que perpetuamente obra y vive", y Fausto llama en otro lugar al mundo "la naturaleza que obra".

Este mundo, que siempre está en evolución y acción, tiene una fuerza vital inmensa e inagotable. Mefistófeles lo nota así con evidente disgusto, porque no sabe cómo contrarrestarlo, y cuando, exorcisado por Fausto, se presenta en la escena del gabinete de estudio, dice: "Y tocante a la maldita materia, semillero de animales y hom-

1 No es de extrañar que Dios tenga allí el aspecto cristiano; hemos visto ya que Goethe aprovecha todas las mitologías para los símbolos poéticos que necesita.

bres, no hay medio absolutamente de dominarla. ¡Cuántos y cuántos no he enterrado ya! Y a pesar de todo, siempre circula una sangre fresca y nueva. De continuar así, habría para desesperarse. Del aire, del agua, lo mismo que de la tierra se desprenden mil gérmenes, en lo seco, en lo húmedo, lo cálido, lo frío."

La parte terrestre de esta fuerza vital que representa la naturaleza divina en el campo de la actividad humana, queda personificada por Goethe, poeta y artista politeísta, en la figura especial del Espíritu de la Tierra, ser mediador, que no siendo Dios, trabaja en el sentido de la divinidad, y nos explica su función en la escena de su aparición a Fausto: "En el oleaje de la vida, en el torbellino de la acción, ondulo subiendo y bajando, me agito de un lado al otro. Nacimiento y muerte, un océano sin fin, una actividad cambiante, una vida febril: así trabajo yo en el zumbador telar del Tiempo, tejiendo el viviente ropaje de Dios."

Fausto no puede soportar el aspecto de este genio activo, porque el hombre no es capaz de comprender la actividad inmensa e interminable de la naturaleza, ni de entender sus impenetrables secretos, y por tanto, esta aparición sólo tiene el significado de un simple espectáculo.

Más tarde, en la escena "Una Selva con una Caverna", que escribió el poeta ya en edad madura, reconoce Fausto en el Espíritu de la Tierra al bondadoso guía que lo conduce hacia la contemplación de la naturaleza y de la historia, las dos grandes manifestaciones de la divinidad, según Eckermann, II, 270.

Este mundo que nos rodea con su riqueza de formas y colores, de figuras y acontecimientos, es llamado por el poeta "el viviente ropaje de Dios", que siempre se teje de nuevo por aquellas fuerzas misteriosas a las que da el nombre de las "Madres".

Como hemos visto ya, esta idea de las Madres está sacada de Plutarco, según lo dice el mismo poeta en Eckermann II, 159, y sigue: "Si la enorme intimidad de nuestro mundo pudiera pensarse como en un espacio vacío, de manera que pudieran andarse cientos de millas en una misma dirección, sin tropezar con nada corpóreo, ésta sería la residencia de aquellas diosas desconocidas, en busca de las cuales descende Fausto. Viven, por decirlo así, fuera de todo lugar, pues nada hay firme en cuanto las rodea con alguna proximidad; y también viven fuera del tiempo, pues no las alumbró ningún astro cuya salida y puesta pudiera indicar la alternación del día y de la noche. Permaneciendo así en eterna penumbra y soledad, las "Madres" son seres creadores, son el principio creador y el conservador del cual sale cuanto en la superficie de la tierra tiene figura y vida." "Allí reposan los motivos, los prototipos y las figuras de todas las

cosas que jamás han existido y todavía existen, inmóviles. Los rodea la eternidad, de la cual sale a los mundos el tiempo como una efusión."

Son aquellas fuerzas que obran "en el fondo, en lo más profundo de todo; las que manifiestan perpetuamente de nuevo el divino sentido, hondo y latente de este mundo, por medio de formas y figuras visibles, que son siempre nuevas".

"Formación, transformación, eterno juego del eterno Pensamiento"; según esto, el mundo entero hállase en perpetuo flujo, flota en aparición vacilante, se forma y se transforma siempre de nuevo, manifestando sucintamente un desasosiego eterno, un combate constante, una modificación y una metamorfosis perpetuas de todos los seres.

Pero únicamente la superficie del mundo es la que se revela tan inquieta, pues el verdadero núcleo de él es la quietud, el reino de la existencia sempiterna y tranquila, el sentido eterno, perenne, invariable de las ideas divinas. Los hombres entienden esas ideas mediante la razón, como conciben el mundo exterior mediante los sentidos. El señor se lo ha ordenado, diciendo: "A lo que se cierne en el aire cual flotante aparición, dadle fijeza con pensamientos duraderos."

Calma, no desasosiego: armonía, no discrepancia y contradicción, es el carácter del mundo; orden, no anarquía; razón y regularidad, no arbitrariedad y sinrazón, lo caracterizan. El mismo diablo lo confiesa, aunque con cierto disgusto: "A lo que se opone a la nada, ese algo, este mundo grosero, por más que ya lo haya intentado yo, no he podido hacerle mella alguna con oleadas, tormentas, terremotos ni incendios; tranquilos quedan al fin mar y tierra." Como las más furiosas y grandes tempestades remueven únicamente la superficie del mar, que, en sus profundidades, permanece tranquilo, así la exterioridad del mundo se agita en apariencia, mientras en su fondo reina la tranquilidad eterna de las ideas duraderas.

Con todo, Goethe se nos revela como pensador panteísta. Basta hacer constar que en esta teoría estuvo muy influido por el filósofo Espinoza, del cual siempre se declaró deudor agradecido por la conformidad en que estaban las ideas del pensador con las aspiraciones de la juventud del poeta. (Eckermann, II, 270.) Conviene notar además la influencia que sufrió Goethe de Giordano Bruno y de Swedenborg, cuyos escritos estudió con empeño en los años fogosos de su juventud, época en que concibió el primer plan de Fausto. No es nuestra tarea demostrar esas influencias. Quien tenga interés en saberlo, acuda al notable libro de Edme. M. Caró, "la Filosofía de Goethe", o a varios escritos alemanes que tratan de la influencia de varios pensadores, ejercida sobre Goethe. Goethe, que declaraba que no podía contentarse con una sola manera de pensar, es el ecléc-

tico más genial, como ya hemos visto arriba. Reconoce Goethe, en su concepto de la vida, dos verdades fundamentales: una es la unidad absoluta de todo lo que existe, nos lo demuestra el himno a la naturaleza; otra es la ley intrínseca de la evolución que desarrolló en varios de sus escritos científicos. La unidad de todo lo que existe es la consustancialidad de Dios y de la naturaleza. El Ser Supremo es la misma razón, de la cual todos los seres están infiltrados. "La naturaleza y los hombres estamos tan penetrados de la divinidad, que ella es la que nos sostiene, que en ella vivimos, obramos y somos; que gozamos y sufrimos según sus leyes eternas, que actuamos por ella, y ella por nosotros, conozcámosla o no."

El hombre tiene tanta razón que puede adivinar lo supremo, porque "es algo indescifrable en que el hombre sólo puede tener intuiciones y adivinaciones aproximadas".

Esta teoría, que identifica la materia con la vida, se llama como es sabido, hilozoísmo, doctrina que pertenece a los más antiguos filósofos, de los cuales hace figurar Goethe en su Fausto a Tales y a Anaxágoras, en la Noche Clásica de Walpurgis.

Empero, Goethe se elaboró un panteísmo muy particular, que correspondía a su manera de ser, siempre enemiga de la pura especulación, como hija que era de su genio intuitivo. Nótase en él cierta repugnancia por la primacía del análisis, cierta contemplación inmediata del mundo, que no significa para él un problema enigmático, sino un hecho fundamental, basado en sí mismo.

Vacilando entre la materia y el espíritu, a los que considera consustanciales, el panteísta corre dos peligros: puede negar a Dios o a la Naturaleza. Espinoza se arriesgó a que lo llamaran ateo; pero, al contrario, deberían haberlo calificado de acósmico, pues en su teoría suprimió el mundo en favor de lo infinito. Llegó así a no hacer caso de los individuos y de los objetos sensibles. En comparación del universo, el hombre, para él, no vale nada; nada tienen que ver los conceptos humanos con el fondo de las cosas. Pero Goethe, poeta y artista, es más estético y más individualista y esta divergencia con Espinoza, tal vez constituye el rasgo más goetheano de su concepto de la vida.

El vigor cósmico, el mundo animado, viviente de toda eternidad, es la idea cara a Goethe. Todas las variedades de fenómenos, el nacimiento, la vida, la muerte, son expresiones de fuerzas opuestas y armonizadas entre sí, impulsos dimanados de una sola energía, cuya metamorfosis perpetua produce la universalidad de los seres. Reconociendo que los seres participan de esta fuerza cósmica, que es la razón, llega Goethe a divinizarla. La divinidad es la naturaleza, y ciertamente no tiene forma individual ni nombre, como lo expresa

tan extáticamente Fausto en aquella escena del jardín, llamada de la "catequización": "¿Quién puede confesar: creo en él?" Esto concuerda con la idea expresada en Eckermann, II, 270: "Pero como el altísimo Ser a quien llamamos la divinidad no se manifiesta sólo en el hombre, sino también en una naturaleza rica y potente y en una historia llena de sucesos grandiosos, una representación de Dios, formada de cualidades humanas, no puede ser, naturalmente, suficiente, y el hombre reflexivo tropezará pronto con deficiencia y contradicciones que le producirán la duda y hasta la desesperación, si no es o bastante pequeño para satisfacerse con cualquiera explicación artificiosa, o bastante grande para elevarse a un punto de vista superior."

Este mundo tiene dos formas fenomenales: una, la sensible; otra, la que abarcamos con nuestro pensar y querer. En el mundo sensible cantan los arcángeles así: "todo es arrastrado en el raudal y eterno curso de las esferas". Allí "alternan los esplendores paradisíacos con la noche profunda, llena de espantos". Pero todo este movimiento y cambio no estorba la tranquilidad del mundo esencial y verdadero. Esta pregunta nos asalta: ¿Por qué permanece tan tranquila la profundidad del universo, mientras se agita perpetuamente inquieta la superficie de las cosas? Porque todo lo que sucede en la naturaleza marcha por un camino predeterminado, según leyes que son emanación de la misma Razón divina. Este orden es idéntico al destino, al que debemos venerar humildemente: También los arcángeles lo declaran en su canción: "El sol, según antigua usanza, deja oír su canto en competencia con sus hermanas las esferas y con la rapidez del rayo sigue su prescrito curso hasta el fin."

Con esto se nos revela Goethe como determinista, pues cree en la razón eterna que sin cesar y desde el principio de las cosas domina el orden del universo. Los hombres también están sometidos al destino, pero aun conservan cierta libertad de acción para escoger entre el "camino recto y el falso", tal como Fausto puede hacerlo. Nuestra vida está compuesta de un modo incomprensible, como el todo en que estamos encerrados, de libertad y de necesidad a la vez. El mundo no es desorden de substancias y fuerzas, sino unidad artística, como el cuerpo humano, que se compone de millones de celdillas, cada una de las cuales tiene su tarea y su oficio particulares, y todas deben cooperar armoniosamente. El concepto del mundo es, en primer lugar, de naturaleza artística. Idea parecida la expresa Fausto, cuando exclama: "Cómo suben y bajan las potencias celestes, pasándose unas a otras los cubos de oro. Con alas que exhalan bendiciones, penetran desde el cielo a través de la tierra, llenando de armonía el universo entero." En las profundidades del universo toda desarmonía se convierte en armonía, todo combate en paz. El mundo sensible da testimonio de ello. Aun cuando a veces nos estremezamos de horror al grado de exclamar con el vigía Linceo: "¿Qué horrible

sobresalto me amenaza del mundo envuelto en tinieblas?'' , queda imperturbable una experiencia que tampoco puede negar el genio más pesimista: la de que el mundo es hermoso, inmensamente hermoso. Cada día se descubren nuevas hermosuras, como Goethe las descubría diariamente durante su larga existencia, siempre nuevas en grado tal, que muy bien pudo exclamar en sus últimos días, con el canto de Linceo: "Nacido para ver, encargado de observar, sujeto por juramento a la torre, el mundo me encanta. Miro a lo lejos, veo en la cercanía, la luna y las estrellas, la selva y el venado. Así en todo percibo la eterna belleza, y como ello me place, yo me plazco también a mí. Lo que visteis, ojos afortunados, sea lo que fuese, ¡era en verdad tan bello!"

Manifiesta el hombre moderno su amor a las hermosuras del mundo en el sentimiento de la naturaleza, que tanto caracteriza al joven Goethe, perteneciente a una generación influída por las ideas de Rousseau. La expresión clásica de ese sentimiento quedó fielmente trazada por aquél en sus "Cuitas de Werther".

Pero también en el Fausto se nota el mismo sentimiento. Desea el doctor salir de su estrecha bóveda gótica hacia la luz, "huír al dilatado campo", a las alturas de las montañas doradas por el sol, y disfrutar entre la gente festiva de la serena mañana de Pascua, o acostado sobre el césped florido. Todas las cartas que escribe el poeta en sus distintos viajes, desde Suiza, desde Italia o desde las montañas del Harz, nos pintan con el mismo placer las maravillas de la naturaleza. Cada hombre puede gozar de estas hermosuras, si sabe colocarse tan alto como Linceo y despreciar las frívolas bagatelas. Pues el mundo no sería tan hermoso si no fuera reflejo de una hermosura espiritual e interna, mucho más profunda, implicada en las reconditeces del universo, reflejo por el cual adivinamos la realidad indiscutible del ser.

De esta idea deduce el poeta otra, tal vez la más profunda de cuantas concibió y formuló, consistente en reconocer que cuanto nos rodea, aunque con frecuencia nos espanta, vive incesantemente animado, no sólo de una gran voluntad de hermosura, sino también de gran voluntad de amor. La fuerza creadora que obra sin cesar en todos los repliegues del universo, no sólo es eternamente activa en producir, sino también en sostener, como Fausto se lo explica a Mefisto. La llama con razón el Padre Profundo, "el omnipotente amor que todo lo forma, que todo lo sostiene." Es eso mismo lo que dice el poeta en Eckermann III, 315: "Si Dios no hubiese animado a los pájaros con este poderoso instinto de amor a sus hijos, y si no ocurriese lo mismo en todos los seres vivos de la Naturaleza, el mundo no podría subsistir. Pero la fuerza divina está por doquiera extendida, y el eterno amor obra en todo."

Hasta las fuerzas destructoras de la naturaleza se denominan "mensajeros del amor, que ponen de manifiesto lo que obrando eternamente nos rodea por doquier".

El universo entero es "manifestación del eterno amor que se despliega en beatitud", usando las palabras del Padre Seráfico. El amor de Dios y el amor de los hombres es uno. "Ahora se hace sentir el amor a la humanidad, se hace sentir el amor a Dios", profiere Fausto a su regreso del paseo de Pascua, y sigue declarando cosa parecida en aquella famosa escena segunda del Jardín de Marta: "Aquel que todo lo abarca, aquel que todo lo sostiene, ¿no te sostiene a ti, a mí, a él mismo? ¡Cuando penetrada de tal sentimiento seas feliz, nómbralo entonces, como quieras, llámalo Felicidad, Corazón, Amor, Dios!"

Este amor divino, consubstancial con el universo, abriga y abarca a todos los seres, pues todos los seres son hermanos, como Fausto lo declara en la escena "Una Selva con una Caverna", en que se dirige al Espíritu de la Tierra: "Haces desfilar ante mí la multitud de los seres vivientes, y me enseñas a mis hermanos en el tranquilo matorral, en el aire y en el agua."

No vagamos perdidos por el mundo sensible, pues desde las alturas se interesa por nuestra vida el amor divino, "prescindiendo de nuestros defectos". "Dios se encuentra siempre a sí mismo, y Dios, en el hombre a su vez, en éste. Por esto nadie tiene motivo de humillarse ante los más grandes."

Lo que dice el Señor, en el prólogo, sobre Fausto, puede decirse sobre todo mortal: "Aunque ahora me sirve sólo en medio de su perturbación, presto le guiaré a la claridad. Bien sabe el hortelano cuándo verdea el arbolito cuya flor y cuyo fruto serán su adorno en años venideros." De allí proceden aquellas palabras que los arcángeles pronuncian al fin de la tragedia, cantando: "¡Llamas benditas! aquel en torno del cual ellas fluctúan, se siente en la vida dichoso con los buenos." Quien considere que también lo malo que existe en el mundo es emanación de la razón divina, podrá entonar con los arcángeles la canción del prólogo: "Su vista infunde fortaleza a los arcángeles, aunque ninguno puede profundizarlo", y no se atreverá a tener el deseo de concebir las profundidades y misterios del universo, sino quien se contente con venerar tranquilamente lo inexcusable, ya se llame Naturaleza, Orden, Amor, Razón, Destino o Dios, cuando contemple el reflejo multicolor del ropaje divino y de las ideas eternas.

Pero nadie consigue por sí mismo tal beatitud, confianza y tranquilidad del ánimo; a nadie se le hace tal dón; al contrario, hay que conquistarlas en rudos combates y penosas luchas. Canta Linceo, después de hablar de hermosura: "¡No estoy aquí colocado tan alto

sólo para recrearme! ¿Qué horrible sobresalto de la vida me amenaza, envuelto en tinieblas?" Posible es que quien haya sufrido mucho en su vida, o sea tímido por naturaleza, cante con los niños bienaventurados: "Esto es grandioso a la vista, pero asaz sombrío es el paraje; nos estremece de horror y espanto."

En otro lugar del drama llama Fausto al mundo sensible "antro de dolor", un mundo ilusorio, que nos engaña con sus imágenes, que "cerca el alma con el señuelo de seducciones y prestigios". ¿No son de veras todos los bienes que nos ofrece este mundo sensible, ilusiones vanas? Pues ¿qué bien puede disfrutar el hombre con la seguridad de poseerlo por siempre? La posesión de este mundo es pasajera; la vida humana, un semillero de sufrimientos.

Las cuatro fuerzas que asaltan a Fausto son dueñas de la vida del hombre: Escasez, Deuda, Inquietud, Miseria". Entre los sufrimientos prevalece uno: el que resulta del conflicto entre el deber y el querer, entre la aspiración a lo inmenso y el deseo de goce. De reconocer que la aspiración a lo inmenso no puede satisfacer nunca y que los más profundos anhelos jamás se realizan, resulta la más dolorosa convicción en el alma del hombre, ya que con ello experimenta las limitaciones impuestas a su posibilidad, de modo que podría exclamar con Fausto: "No me igualo a los dioses. Harto lo comprendo. Me asemejo al gusano que escarba el polvo, y mientras busca allí el sustento de su vida, le aniquila y sepulta el pie del caminante."

¿Cómo oprime al alma humana este conflicto entre el deber y el querer! ¡Cuántas empresas se propone el hombre en su vida! ¡Cuántas esperanzas abriga, cuántas cosas proyecta y cuán pocas llega a realizar! Sintiendo tal contraste, exclama Fausto: "El dios que reside en mi pecho puede agitar lo más profundamente lo más íntimo de mi ser, pero el que impera sobre todas mis facultades, nada puede mover por fuera." A este contraste añádense los incontables errores que comete el hombre. "El hombre yerra mientras tiene aspiraciones", dice el Señor en el prólogo. Fausto resume todas las consideraciones sobre la pena de la existencia humana, en estas palabras llenas de renuncia y abstención: "¿Qué puede ofrecerme el mundo? He aquí la sempiterna canción que resuena en los oídos de todos y que enronquecida nos canta durante nuestra existencia entera."

El hombre es más que un ser efímero que se contenta sólo con los goces del instante; también abriga el anhelo de la libertad, de lo inmenso, de la espiritualidad y de la eternidad: "Dos almas residen, ¡ay!, en mi pecho. Una de ellas pugna para separarse de la otra, la una mediante órganos tenaces se aferra al mundo en un deleite amoroso, la otra se eleva violenta del polvo hacia las regiones de los sublimes antepasados."

El mundo es para el hombre la cárcel en que vive prisionero, como lo expresa el Padre Profundo, cuando dice: "Mi pecho, donde el espíritu conturbado y frío se atormenta en los límites de los torpes sentidos, en las estrechas cadenas del dolor." Pueden referirse a la pena de cada individuo las palabras del padre Mariano: "Caídas en la flaqueza, son difíciles de salvar; pero ¿quién rompe las cadenas de las concupiscencias? ¡Cuán presto se escurre el pie por una pendiente resbaladiza!

Las dificultades que se oponen al deseo de superar las concupiscencias pueden arrancar al hombre esta exclamación que brota en los labios de Fausto: "¡Así nunca hubiese nacido!" La pena del hombre es mayor, porque es capaz de comprenderla, porque, discerniendo entre lo bueno y lo malo, cae y yerra sin embargo. De tal convicción nace el desagrado completo de la vida. Pero precisamente este desagrado es, para el optimista Goethe, el medio de salvar al hombre, pues piensa que justamente en lo que parece ser la pena más grande y profunda de la existencia humana se manifiesta la más grande gracia, el regalo y el favor más benignos de la divinidad. El peligro más grande que, según Goethe, corre el hombre, es el de la concupiscencia, el del goce, porque lo convierten en bestia. Lo demuestran los estudiantes de la bodega de Auerbach, gritando: "¡Estamos canibalescamente bien como quinientos marranos!"

El goce envilece, deprava al hombre, como lo hace notar Goethe en el destino trágico que sufre Margarita por culpa de Fausto, el cual llega a convertirse en asesino. La apetencia de goce ahoga en el alma del hombre todo sentimiento de deber y de responsabilidad. Lo vemos en la corte del emperador, donde una sociedad liviana y corrompida se entrega a goces locos en vísperas de la ruina. Pero asimismo los goces sublimes a que se entrega Fausto, viviendo con Helena en la Arcadia y disfrutando de las hermosuras de la naturaleza y de las artes, son también envilecedores. Con razón dice Rodolfo Eucken en su obra ya citada, "Los grandes pensadores del mundo", pág. 525: "Como todos los espíritus creadores, Goethe no puede tener una idea grandiosa de la labor artística ni hacerla el alma de la vida, sin ver en ella un valor ético ni establecer una reciprocidad entre la cultura ética y la artística. Si en la obra de arte hay que rendir culto, ante todo, a la verdad, y hay que alejar todos los demonios malos, como la vanidad, la pretensión, la parcialidad, entonces la producción artística adquiere un carácter ético."

De tal goce por las mayores sublimidades resulta lo mismo. Mefisto declara en el Prólogo en el Cielo, refiriéndose a la determinación final de Fausto: "Tendrá que comer polvo y con dicha, como mi prima la famosa serpiente."

Todos los hombres corren el peligro de decaer y flaquear en sus

aspiraciones a lo más elevado y sublime. El Señor dice: "Harto fácilmente puede relajarse la actividad del hombre, y éste no tarda en aficionarse al reposo absoluto. Por esta razón le doy gustoso un compañero que, debiendo obrar como diablo, le incite y ejerza su influencia sobre él."

Pues ha sido el hombre creado para un destino más alto que el de la existencia y la felicidad de la bestia. El fin y la tarea impuestos a los hombres se oyen vibrar en la canción de los arcángeles: "que gozosos se libren del espíritu maligno y logren la suprema beatitud en la unión universal".

El hombre alcanzará la realización de este anhelo supremo de beatitud, en la unión universal, con trabajo y luchando, y sin estas limitaciones negativas que estimulan el esfuerzo. Por esto ha sido dado el dominio del mundo sensual a Mefisto, que personifica todo lo malo, lo vil, lo feo que existe.

Puede uno objetar aquí: "¿Por qué ha creado Dios a la humanidad en condiciones tan duras? La contestación de Goethe nos indica el influjo que sobre él ejerció Leibniz, que también justificaba a Dios, dando a lo malo un empleo útil en la creación. Dice el poeta: "Por el fin más sublime, al cual debe aspirar el hombre para desarrollar su aspecto divino, es tan duro y pesado este mundo. Pues no "descansando en un lecho ocioso", sino trabajando contra miles de obstáculos, obtendrá el hombre la semejanza con Dios. Durante la vida humana no es conveniente que cese el estímulo del espíritu malo. Todos los hombres están entregados a Mefistófeles," al cual, en tanto que viva Fausto sobre la tierra, no sea ello vedado." Jamás constituirá nuestro planeta el paraíso en que sueñan los ociosos, pues el día que se llegara a realizar el país de Pípiripao sobre la tierra significaría la ruina moral de la humanidad.

Es preciso que existan lo malo y la culpa en la creación para que guarden al hombre de flaquear y lo eleven "más arriba de él", según dice la moral de acción de Goethe. Lo que es destructor en sí, debe obrar como el diablo; ciertamente son fuerzas destructoras lo malo, la culpa y el pecado; pero, no obstante, son también fuerzas creadoras, porque estimulan a la voluntad humana mediante las penas que ocasionan, pues quien sufre, tiende a librarse de los sufrimientos; quien siente escrúpulos, procura reparar sus pecados.

Mefistófeles es "una parte de aquel poder que queriendo siempre el mal, siempre obra el bien"; aparenta ser fuerza negativa, y en el fondo es positiva. En el alma del hombre que está acompañado del diablo, despiertan "las fuerzas divinas"; el mal que infunde en el hombre melancolía y desesperación es "mensajero de Dios". Todo tiene su oficio en el plan universal de la creación, que a través de la culpa y de los sufrimientos guía al hombre hacia la claridad, desper-

tando en él un alma mejor y haciendo que "siempre en medio de su vago impulso sepa discernir bien el recto camino".

Esta alma mejor, este vago impulso que despierta a golpes de mal, es el ansia por "la fuente primitiva", por la hermosura y la fuerza y el amor de las profundidades divinas del mundo, "el dios que reside en el pecho" del hombre, lo demoníaco, en que Goethe creía tanto como Sócrates. Según Goethe, todos los hombres geniales son demoníacos (Eckermann, II, 140 y 271), criaturas de los demonios, en los cuales cree como su Fausto, que los evoca en el paseo de Pascua, diciendo: "Si hay en el aire espíritus que se mueven, reinando entre la tierra y el cielo, descended de las áureas nubes y conducidme lejos, a una nueva y elevada vida."

Fausto conoce demonios buenos que ayudan al hombre; pero también conoce demonios malos, como la inquietud, a la cual saluda diciendo: "De los demonios, bien lo sé, difícilmente uno se libra; no hay medio de romper el lazo espiritual; mas tu poder, ¡oh inquietud! que se agranda de un modo imperceptible, no lo reconozco".

El poeta también creía en los demonios, como puede comprobarse con sus propias palabras, ya en sus obras, ya en Eckermann, donde dice: "Estamos rodeados de una atmósfera y no conocemos lo que vive en ella ni la relación que guarda con nosotros." (Eckermann, III, 190.)

Tal ansia, tal impulso vive en el alma de cada mortal como regalo divino, luz celeste, prenda de la perfección y la beatitud futuras, estímulo, para que la humanidad no se sienta satisfecha de la vida como es, sino para que aspire, como Fausto, a la sublime felicidad duradera y nunca se satisfaga con el frívolo instante. Este vago impulso arrastra al hombre hacia lo alto; pero no todos encontrarán con seguridad la claridad deseada, la dicha suprema. Únicamente quien no cese de aspirar a la perfección logrará este fin.

LA VIDA HUMANA

¿Cómo se llega a la claridad, cómo se alcanza la felicidad suprema en la vida humana? Pregunta de suma importancia que Goethe contesta con la acción del drama, al representar a Fausto en todos los campos y momentos de la vida, hasta agotarse sin alcanzar la felicidad deseada, con lo cual demuestra el escaso valor de la existencia.

El sabio doctor Fausto intentó encontrar la dicha suprema en profundas investigaciones intelectuales sobre "lo que en lo más íntimo mantiene unido al universo", ocupación de la cual queda sumamente desengañado; por eso se decide, al comenzar el drama,

a dejar la vida intelectual para dedicarse únicamente a concebir la existencia por los sentidos, existencia sensual que acaba por darle asco. La experiencia más profunda de su galanteo con Margarita tampoco le ofrece una dicha duradera, en el grado exclusivamente sentimental. Ni tampoco la alcanza, asimismo, en su enlace con Helena, que simboliza la realización de las aspiraciones artísticas. Sólo al fin del segundo Fausto, entra éste en un grado más alto de la vida que parece ofrecerle la dicha ambicionada, en la actividad, principio vital el más fecundo. Pero acaba por reconocer que aun esa actividad no vale nada sino cuando la anima el anhelo de trabajar por los demás, para que—idea nietzscheana presentida mucho antes por Goethe—la humanidad se supere a sí misma. Así alcanza Fausto la satisfacción completa, con la cual concluye su vida, después de haber visto y probado todo lo que ofrece este mundo. Todavía más allá de él, en el puro reino de las almas, conocerá Fausto el amor que eleva por la gracia.

¿Qué medios han sido dados al hombre para pasar por los grados del desarrollo de Fausto?

El primero es la conquista de la independencia interior. En el drama constan las distintas clases de dependencia que sufre el hombre. La más común de ellas es la de los instintos, cuya tiranía puede ser tan fuerte, que el hombre se rinde a su destino, con Fausto, cuando exclama: "Lo que ha de suceder, suceda al instante."

Fausto parece pronunciar con estas palabras la renuncia absoluta a la libertad de su albedrío y declarar la dependencia, determinación o fatalidad del destino. También se ha manifestado Goethe de carácter fatalista en su drama de Egmont. Sin embargo, concede al hombre cierta libertad de acción, ya que el alma mejor puede distinguir lo bueno de lo malo para obrar en contra de los instintos. En Poesía y Verdad, libro 11, Pág. 42, dice Goethe: "Nuestra vida como el todo en que estamos comprendidos, se compone de un modo incomprendible de libertad y necesidad". El mismo Fausto llega a quebrantar su dependencia a las concupiscencias, aunque con mucho trabajo, pues por su irresistible naturaleza, está tan dominado en su ansia de conocer y en su codicia de goces como en su voluntad de acción.

Pasará largo tiempo antes de que Fausto reconozca las limitaciones a que está sometido el hombre, hasta que adquiera moderación y la acepte como lema de su vida, cuando declare en la segunda escena del Gabinete de Estudio: "Adormecidos están ahora los ímpetus desordenados, a la vez que toda la actividad turbulenta."

Comparando el principio con el fin de la existencia de Fausto, se descubre la importancia de la lucha y de la aspiración; se reconoce

también que nunca hubiera podido Fausto obtener lo que los arcángeles llaman "una vida santa y le ha hermosado y engrandecido". sino aspirando sin descanso y llegando a entender también que los sufrimientos son necesarios para la purificación y la expiación. En tal sentido deben interpretarse las palabras del Padre Extático: "Flechas, traspasadme; lanzas, sometedme; mazas, magulladme; rayos, heridme, para que se volatilice todo lo vano, para que luzca la estrella perenne, foco del eterno amor."

No se logra tampoco el fin de una vida espiritual mediante la simple contemplación de las hermosuras del mundo. Goethe, artista y poeta, recomienda el trabajo, no el arte; pues Fausto no alcanza la suma beatitud con Helena, ya que desaparece diciéndole que la hermosura y la beatitud no pueden estar reunidas por siempre. El arte no proporciona al hombre sino una felicidad momentánea.

Acabada la embriaguez que provoca la contemplación y el goce del arte, siente el hombre con más intensidad la penosa realidad de la existencia. Bajo la impresión de una gran obra de arte, el hombre se siente más libre, puro, bueno y feliz. Pero inmediatamente después sentirá lo contrario, notará que tanta elevación se produjo sólo en su fantasía. Por lo tanto, no se adelanta mucho con la mera contemplación; se necesitan la aspiración y el trabajo. Dice Fausto, tratando de traducir, no literalmente, sino con hermenéutica, el principio del evangelio de San Juan, en la segunda escena del Gabinete: "En el principio era la acción" y no, "era el Pensamiento"; presiente así la sabiduría que va a tener en el último grado de su desarrollo. Más tarde exclama: "Para el hombre inteligente y afanoso este mundo no es mundo." Tras muchos errores y fatigas escucharemos de sus labios: "De esta tierra dimanan mis goces y este sol alumbrá mis pesares. Si algún día consigo arrancarme de ellos, entonces venga lo que viniere." No hay que suponer que con tales palabras se niegue este mundo, como tampoco lo niega Fausto, cuando dice: "poco puede inquietarme el más allá". Pues en toda la obra se revela la persuasión de que este mundo no es el único, sino el reflejo de otro, inmensamente más profundo y magnífico. Pero, para los hombres, es este mundo el único dado. En él hay que vivir y tener actividad y "hay que darle al presente sus derechos". No se debe soñar en otro mundo ilusorio, más hermoso, de seductora imagen, que haga despreciable este bajo suelo que poseemos y nos posee.

A quien trabaje realmente en vez de soñar y sutilizar, a quien se imponga tareas claras y precisas, le corresponderá este mundo con su paulatino progreso. Reconocerá entonces el hombre activo que la única manera de vencer no está, ciertamente, en la voluntad exaltada, sino en la moderación que examina tranquila y sagazmente la realidad. Recuérdense las palabras del prólogo en el teatro "Co-

ja la resolución a lo posible por los cabellos con osadía y sin demora ninguna", expresión que contiene un sentido lleno de sabiduría.

Pues el hombre que aspira a lo imposible, que desea, por decirlo así, bajar las estrellas, gasta sus esfuerzos en fines irrealizables. El hombre posee la razón para tratar con las realidades de este mundo, lo que le estará permitido mientras no se entregue a la exaltación y no sueñe en utopías; y será capaz así de obtener la quietud deseada, que no dejará perturbar, aunque se perturbe el ambiente: "irá por su camino, aunque se presenten fantasmas".

Mas esta tranquilidad no debe ser la del burgués, la del filisteo, la del fámulo Wagner, que se declara contento cuando considera: "a qué alturas gloriosas al fin hemos llegado". De tan orgullosa satisfacción no siente Fausto ni un ápice, cuando, al contrario, prefiere: "en su avance progresivo encuentre tormentos y dichas, él, que ni un solo instante está satisfecho". Veamos una de las más goetheanas ideas: La vida que no avanza progresivamente, que no crece y se eleva a más sublimes fines sucesivamente, no tiene ningún valor. Cabalmente, en la sempiterna falta de satisfacción reconoce Goethe el verdadero valor y el contenido de la vida humana, que ella nos estimula y hace adelantar. Luchar, obrar, trabajar, esta es la vida.

Exclusivamente en la acción está la conquista de la verdadera dicha. Aun el trabajo más modesto es actividad preciosa, si se desempeña cuidadosa y abnegadamente, y si se pone en él toda el alma. El verdaderamente activo está libre de penas e inquietudes. "Lo más razonable es que cada cual se atenga a aquella profesión para la que ha nacido y que ha aprendido", predica el poeta en Eckermann, I, 112. La tierra no es un paraíso, ni puede serlo. Su suprema ley es ésta: "Sólo merece la libertad lo mismo que la vida quien se ve obligado a ganarlas todos los días". Pero toda la aspiración a la más elevada perfección carece de valor, si el solo motivo de la actividad es el interés de la propia persona. Quien al aspirar y al trabajar piensa únicamente en sí, es un pobre egoísta, que como Fausto, no se salvará mientras no piense en sus prójimos, mientras no sienta la confraternidad de todos los seres, mientras no ponga espontáneamente todas las fuerzas y facultades al servicio de los otros; mientras ello no sea así, no revelará su valor verdadero. Afanarse por la humanidad, colaborar sin descanso en ella, es el más sublime objeto, nos lo dicen los arcángeles, cuando cantan: "Enlazad gozosos las manos para formar juntos un círculo". ¡Cuán difícil es crear el sentimiento de la comunidad! Lo expresa Goethe en Eckermann, I, 191: "falta el impulso serio que aspire al conjunto, falta el ánimo de hacer algo por amor a la obra común; cada cual trata de hacer resaltar su propio yo, para ponerle bien a la vista de todo el mundo". Cuando todos los hombres se estrechen en un "férvido lazo de amor" y todo el mundo sea un poco del amor eterno, la humanidad habrá realizado sus aspiraciones

y los mortales podrán cantar como los niños bienaventurados: "¡Somos felices; para todos, para todos es tan apacible la existencia!" Pero este fin no es accesible en lo infinito. Los hombres van acercándose a él, paso a paso; aunque tropiecen y caigan durante la marcha, debe sostenerlos la dulce confianza de que una voluntad sincera acabará por hacerlos alcanzar el término, ya que el omnipotente amor que todo lo sostiene, anuncia por boca de los arcángeles que "aquel que siempre afana aspirando a un ideal, podemos nosotros salvarlo". El poeta ha personificado este ideal en lo eterno femenino, en el amor, purificado de deseos terrestres, de la penitente Margarita. Goethe declara que en estos versos de los arcángeles se contiene la clave de la salvación de Fausto: en Fausto mismo, una actividad cada vez más alta y más pura hasta el fin, y desde arriba el eterno amor que viene en su auxilio. Esto está en armonía con nuestras ideas religiosas, según las cuales la bienaventuranza no puede alcanzarse por nuestra propia fuerza exclusivamente, sino con el complemento de la gracia divina."

El amor divino atrae al hombre hacia las alturas, despertando en su pecho las aspiraciones. Sublime idea que nos comunica el poeta, a quien se escapa que el hombre no tiene derecho de vanagloriarse de sus propias obras, ya que el amor divino le ha dado el ansia de la elevación y ha encendido en su alma la luz celeste que le conduce hacia la claridad, que habrá de alcanzar no por sus propios méritos, sino por el influjo de la gracia.

De la aspiración y de la actividad productiva saca Goethe otra idea: la de la inmortalidad. Si una personalidad tan rica como la de Fausto se apaga con la muerte, como la nada de un soplo, la existencia sería sin sentido. Pero el hombre activo no pone con la muerte el término a su desarrollo, sino que lo continúa en la eternidad. "Yo no dudo de nuestra persistencia, pues la naturaleza no puede prescindir de la entelequia; pero no todos somos inmortales de la misma manera, y para seguir manifestándose en lo futuro como una gran entelequia, es preciso serla ya." (Eckermann, II, 138.) Y sigue en Eckermann, I, 143: "A mí este pensamiento (de la muerte) me deja completamente tranquilo, pues tengo la firme convicción de que nuestro espíritu es un ser de naturaleza indestructible, que continuará viviendo de eternidad en eternidad; es semejante al sol, que sólo se pone para nuestros ojos terrenales, pero que en realidad continúa luciendo eternamente." He aquí cómo explica Goethe la idea de la persistencia de la actividad; "si yo obro hasta mi muerte sin descanso, está obligada la naturaleza a darme otra forma de existencia, si la actual ya no puede sostener mi espíritu". Tal teoría sobre la inmortalidad es bastante aristocrática, ya que se funda en una diferencia entre las almas. Un suceso del segundo Fausto nos hace suponer lo mismo. Dice la corifea, después de la desaparición de

Helena, a las doncellas del coro: "Quien no ha conquistado para sí un nombre, ni aspira a lo sublime, pertenece a los elementos. Así, pues, partid". Pero el hombre verdaderamente activo no se preocupe de la eternidad: "un hombre verdaderamente trabajador, que cree hacer algo serio aquí abajo y que, por tanto, tiene que esforzarse, obrar y luchar diariamente, deja en paz la vida futura y procura hacer labor útil en ésta." (Eckermann I, 115.)

Fausto, que no ha cesado de trabajar y aspirar, alcanza la inmortalidad sin haberla pretendido: ¿Quién no recuerda su "poco puede inquietarme el más allá?" Una vida tan activa la suya puede decir: "Mis días terrenos no pueden borrarse en el transcurso de las edades" y le garantiza la eternidad.

Tal es el concepto de la vida, encarnado por Goethe, en el drama de Fausto: un evangelio del trabajo.